

EL MAYOR TESORO

Por *Enid Sparks*

HACE muchos años, en un país donde vivía un niño llamado Pierre, el rey decretó que no se le permitiría a nadie tener la Biblia. Para poner en vigencia esa ley, se enviaron funcionarios del gobierno y sacerdotes que iban por las aldeas para registrar las casas de la gente y confiscar todas las Biblias que se encontraban. Una vez juntadas, se las levaba a la plaza pública, donde eran quemadas en una gran fogata.



Había muchos que amaban su Biblia y no estaban dispuestos a que se la quemaran. Entre

ellos estaban Pierre y su familia. "La Biblia es nuestro mayor tesoro", solía decir Pierre. Aunque eran pobres y tenían que trabajar muy duro para cultivar las verduras en el suelo pedregoso de su granja, Pierre y su hermana Andrea se consideraban acaudalados porque poseían una Biblia.

Un día Pierre oyó las noticias de que se estaban destruyendo las Biblias. Esa noche, cuando la familia se reunió para el culto vespertino apenas podían contener las lágrimas. Cuando el padre abrió el Sagrado Libro para leer, Pierre exclamó:

-¿Cómo haremos para que las autoridades no quemen nuestra Biblia?

Por un momento el padre guardó silencio. Tomó la Biblia de la mesa en torno a la cual la familia se había sentado y la acercó a su corazón.

-Yo no sé, Pierre. Yo no sé -suspiró.

Andrea oyó la conversación que mantuvieron su hermano y su padre. Sus oscuros ojos se agrandaron por la sorpresa.

-¿No podemos esconder la Biblia? ¿No sería bueno uno de nuestros colchones de paja para ocultarla? Sus padres sacudieron la cabeza.

-No, Andrea -dijo la madre-. Los funcionarios del gobierno están abriendo los colchones y las almohadas de paja en la otra aldea. Algunos llegan hasta hacer huecos en las paredes de las casas si sospechan que en ellas hay algún escondite.

Pierre tragó saliva.

-Entonces, ¿qué haremos? -dijo con voz temblorosa.

-Oraremos -respondió el padre con voz suave-. Dios nos aconseja en su Santa Palabra que debemos escudriñar las Escrituras. Sin la Biblia no podemos hacerlo. Estoy convencido de que Dios quiere que tengamos su Santa Palabra; así pues, pidámosle esta noche que nos muestre la forma de conservarla. La madre y los niños estuvieron de acuerdo con ese plan. Todos se arrodillaron y el padre comenzó a orar. Cuando terminaron las oraciones Pierre se sentía más feliz.

Tenía la impresión de que Jesús les ayudaría a encontrar una forma de guardar su mayor tesoro. Y pensando en eso se durmió.

Al día siguiente, después de desayuno, el padre no fue a trabajar al campo como acostumbraba hacerlo. En cambio fue a un cuarto que estaba en la parte posterior de la casa, donde solía hacer algunos trabajos de carpintería. Pierre le acompañó mientras la mamá y Andrea lavaban la loza del desayuno y limpiaban la casa, y observó que el papá tomó una tabla y de ella cortó un redondel.

-¿Alguna persona de la aldea pidió un banco? -preguntó Pierre.

El padre sonrió.

-No. Se ha pedido un banco pero nadie de la aldea lo ha hecho.

En ese momento Andrea llamó Pierre.

-Ven, hermano, estarnos listos para ir al campo.

Pierre salió, pero quedó pensando en las palabras que el padre había dicho. Durante todo el día él Andrea y la madre trabajaron en el campo arrancando las malas hierbas que crecían con las plantas buenas. Antes de la puesta del sol se dirigieron a la casa.

El padre estaba a la puerta para darles la bienvenida. Rodeó con sus brazos a la madre y a los niños y los condujo adentro.

Una sorpresa -dijo y señaló e rincón más alejado del cuarto donde estaba el nuevo banco.

Pierre miró el banco que había insumido todo el día de su padre

-¡Es lindo! ¿Es nuestro?

-¡Claro que es nuestro! -replicó el padre, haciéndole una guiñada a Pierre.

Pierre notó que el padre se sentía tan feliz con ese banco, que el también se sintió contento. Pero en realidad no le pareció que necesitaban un nuevo banco en la casa

Cuando llegó la hora del culto, el padre parecía estar más excitado que nunca. Le pidió a la madre que colgara una colcha en la ventana que daba al frente de la casa. Entonces él cruzó la habitación con el nuevo banco en su mano. Pero en lugar de colocarlo en el suelo para sentarse, lo dio vuelta y lo colocó sobre sus rodillas.

-Papá, ¿qué vas a hacer? -preguntó Pierre.

Antes de contestar, el padre sonrió.

-Voy a leer de la Biblia -dijo y empujó suavemente una de las tablas que estaban en la parte interior del banco. Cuando esta se deslizó, en la parte hueca del taburete quedó al descubierto la Biblia. Mientras todos observaban, el padre paró de nuevo el taburete sobre sus patas, pero la Biblia estaba bien asegurada de modo que ni se movió.

-¡Qué inteligente! -exclamó maravillada la madre-. ¿Cómo se te ocurrió pensar en eso, papá?

-Nunca se me hubiera ocurrido algo así si Dios no hubiera contestado nuestras oraciones de anoche -replicó el padre-. El nos reveló la forma de conservar el Santo Libro.

Al día siguiente, en el momento en que la familia regresaba del campo, llegaron los soldados. Arrancaron las frazadas de las camas, abrieron los colchones de paja. Sacaron de las alacenas todos los platos y las ollas. Probaron todas las tablas del piso para descubrir si había alguna tabla floja. Hasta sacudieron el taburete. Luego uno de los funcionarios se sentó sobre el banquillo mientras dirigía a los otros en la pesquisa.

Finalmente los funcionarios dijeron:

-Aquí no hay ninguna Biblia.

Y luego se fueron.

La familia sabía ahora que su Biblia estaba a salvo. Trabajaron arduamente para limpiar la casa antes de celebrar el culto vespertino. Entonces cada uno de los miembros de la familia agradeció a Dios por haberles ayudado a salvar su mayor tesoro.

No mucho tiempo después, el padre llegó a la casa con algunas noticias maravillosas. Antes de mucho la familia tendría la oportunidad de viajar a América.

La madre no pudo retener las lágrimas de gozo.

La familia de Pierre se estableció en Pensilvania. Durante muchos años los miembros de esa familia mostraban a sus amigos la Biblia que habían salvado ocultándola en un taburete.